

JOSÉ IGNACIO BARRIO OLANO, *La novela picaresca y el método maquiavélico*. Editorial Pliegos, Madrid, 1998; 188 pp.

Esta nueva contribución al estudio de la novela picaresca gira en torno a una fórmula que se despliega progresivamente: que la picaresca, en su conjunto, es susceptible de ser analizada desde el método de Virtud/Fortuna de Maquiavelo, de manera que, muy *grosso modo*, unas novelas picarescas son más “virtuosas” y otras más “fatalistas”, aunque no sean éstos los términos que Barrio Olano usa. Las variantes que a partir de esta fórmula pueden observarse en la picaresca sirven precisamente para construir la tesis del estudio. En su origen, ésta se inspira en las concomitancias entre *virtud maquiavélica* y *virtud picaresca* observadas por José Antonio Maravall, Alberto del Monte y otros, para asignar —y esto sí es novedoso— de manera sistemática a la picaresca el signo maquiavélico en su integridad. Virtud y Fortuna, y las variantes de ésta: Providencia, Fatalidad, Diabolo, se usan como escalpelo para diseccionar la picaresca —sin implicar una influencia directa y sistemática de Maquiavelo sobre la novela de pícaros, aunque algo de eso hay—, y se propone, en cambio, la aplicación del método maquiavélico de manera metafórica. El aparente salto brusco de la esfera política a la literaria parece en un principio discordante, pero resulta atenuado si se tiene en cuenta el ascendiente que ejercieron los modelos literarios, especialmente Boccaccio y los escritores italianos de la *novella*, sobre Maquiavelo (Wayne A. Rebhorn ha llegado a decir que Maquiavelo interpretaba el mundo con pautas literarias, las de engañadores-engañados típicas del *Decamerón*, y que tan afines son ciertamente a la enunciación retórica picaresca). Por ello no es raro que lo picaresco haya sido percibido como maquiavélico (J. A. Maravall) y lo maquiavélico como picaresco (Arturo Marasso).

Quizá porque no es importante para sus propósitos, el autor no se preocupa mucho por la novela picaresca como género, ni por distinguir entre picaresca primaria y sus epígonos, mide, por el contrario, todas las novelas con el mismo rasero. Adopta un cuerpo de dieciocho novelas picarescas estándar, que se corresponde con el de Valbuena Prat; incluso lo amplía, ya que incluye una de descubrimiento relativamente reciente, *El guitón Honofre*, otra postergada en el olvido, *Tercera Parte de Guzmán de Alfarache*, y el *Lazarillo de Amberes* que no se encuentra en Valbuena. No se ocupa tampoco en definir qué es un pícaro, ni repasa las distintas interpretaciones de la picaresca, sino que recurre a una perspectiva —y bibliografía— pertinente para los objetivos de cada pasaje. Barrio maneja sin duda un volumen de información considerable, sobre la picaresca y sobre Maquiavelo, y examina los textos originales acogiendo la terminología imperante en su época: Virtud y Fortuna; maquiavelismo y antimachiavelismo; Fatalidad y Providencia; Ciencia y Experiencia... Hay

ciertamente un esfuerzo por situar la picaresca dentro de su contexto histórico e ideológico.

Tras arrancar de *La Celestina*, Barrio contempla lo celestinesco ligado a lo maquiavélico y a lo picaresco y, de los puntos de contigüidad entre estas *escuelas*, recoge la idea de Benito Brancaforte sobre la probabilidad de que Maquiavelo hubiera leído *La Celestina* y le inspirara su drama *La Mandrágora*, cuyo título original era *Commedia di Callimaco e di Lucrezia*.

Queriendo completar el cuadro político de la picaresca, el autor se refiere también a las afinidades entre picaresca y *tacitismo*, en parte por su característica común de atención a la experiencia y a la biografía/autobiografía como instrumentos de exploración literaria y humana, y en parte por la susceptibilidad de la picaresca de ser interpretada como manifestación literaria del conflicto entre economía señorial y economía burguesa en la primera parte del siglo XVII, y, a la postre, su alineamiento con la segunda y con el reformismo/tacitismo, aspecto que Michel Cavillac aplicó al *Guzmán de Alfarache*.

En el cap. I se enumeran y glosan todos los componentes en los que se funda la tesis para la configuración del signo picaresco, émulo del signo maquiavélico: se presentan los conceptos de Virtud y Fortuna de Maquiavelo y su interpretación, y, seguidamente, se exploran las perspectivas ante el maquiavelismo en el pensamiento español coetáneo a fin de examinar el posible paralelo con las actitudes de la picaresca. Para ello, se recogen las valoraciones de J. A. Maravall, Monroe Z. Hafter, José Luis Abellán, Enrique Tierno Galván, J. A. Fernández-Santamaría y otros. Más adelante, el estudio atiende a la yuxtaposición entre los conceptos de Fortuna, Fatalidad y Providencia en la tradición literaria española y que resulta igualmente observable en la picaresca. La obra sigue principalmente las observaciones de Juan de Dios Mendoza Negrillo sobre la literatura castellana del siglo XVI. Después llega el turno a los conceptos de ciencia y experiencia, representantes de un debate típico de la época que se transparenta en la picaresca, bien bajo la forma de antiescolasticismo (*La pícaro Justina; Lazarillo de Amberes*), bien por medio de alusiones explícitas. Al llegar a este punto el autor ha reunido los componentes teóricos necesarios para la construcción del signo picaresco. El examen textual determinará el aspecto definitivo de este signo y sus variantes.

Mediante este acercamiento, el signo maquiavélico Virtud/Fortuna queda ampliado con el signo picaresco de Virtud-Fortuna (o Providencia o Diablo), de tal manera que la picaresca se divide en dos grandes bloques: la *especuladora*, que se concentra más en la especulación o reflexión sobre los conceptos de Fortuna, Fatalidad, Providencia o el Diablo; y la *empírica*, que prescinde de la especulación sobre esos conceptos y se centra en la capacidad pragmática de la Virtud. Esta división permite distinguir *cuatro variantes* del signo pica-

resco para clasificar los dieciocho textos estudiados: “Picaresca especuladora providencialista” (cap. 2): *Segunda parte del Guzmán* de M. Luján; *Vida de Marcos de Obregón*; *Alonso mozo de muchos amos*; *Tercera parte de Guzmán* de Machado de Silva; “Picaresca especuladora fatalista” (cap. 3): *El guitón Honofre*; *Segunda parte de Lazarillo*, de Juan de Luna; *Lazarillo de Manzanares*; “Picaresca especuladora diabólica” (cap. 4): *La hija de Celestina*; *Guzmán de Alfarache*; *Lazarillo de Tormes*; *Lazarillo de Amberes*; *El Buscón*; *Estebanillo González*; “Picaresca empírica” (cap. 5): *La pícaro Justina*; *Las harpías en Madrid*; *La niña de los embustes*; *El bachiller Trapaza*; *La garduña de Sevilla*.

Las conclusiones agregan que la picaresca especuladora es la de los pícaros y la empírica la de las pícaras, y que, en su conjunto, la española es italianizante por la suma de referentes que la vinculan con lo italiano (Maquiavelo, Boccaccio, escenarios de la picaresca, personajes españoles en Italia e italianos en España, etc.). Al final se incluye un curioso apéndice sobre el campo semántico de la virtud, con vocabulario ordenado por frecuencias, el cual revela que, por antonomasia, el término usado por la picaresca para expresar su noción de virtud es el de *traza*, que encierra los conceptos de cálculo y elaboración, rasgos comunes a lo maquiavélico.

En suma, Barrio Olano ha examinado las novelas entresacando referencias literales en torno a los conceptos seleccionados, para analizar, no tanto la trayectoria vital de los pícaros, como aquello que el pícaro piensa y la forma de sus reflexiones. En este sentido la investigación es textual e ideológica, y vale por igual lo que expresan los protagonistas, el narrador o el contexto de la novela.

Aunque, como queda dicho, no se plantea la influencia directa de Maquiavelo sobre la picaresca en general, esta posibilidad se apunta para, por lo menos, tres de las obras. Barrio Olano señala en el *Lazarillo de Amberes* la presencia de valores maquiavélicos que parecen indicar un conocimiento directo del tratadista italiano: la primacía de la *virtud civil* sobre la intelectual; la idea de que es preciso aniquilar por completo al enemigo para no dar lugar a que se venga; el expansionismo militar para consolidar el poder del príncipe, etc. Estas cuestiones se interpretan como una sátira antimachiavélica en conexión con los contenidos del *Lazarillo*, cuyo antimachiavelismo se entiende desde su crítica a Carlos V, lector y admirador de Maquiavelo. (Observaciones que sirven para acrecentar un poco más la sospecha de R. Foulché-Delbosc sobre la existencia de un *Libro de Lázaro de Tormes* previo al *Lazarillo*, y del cual se conservarían dos partes separadas). *El guitón Honofre* y *La pícaro Justina* manifiestan también motivos comunes al maquiavelismo, como aprovechar la ocasión, prevenirse contra la mala fortuna y atender a la capacidad pragmática de la virtud.

Entre las novedades que el estudio aporta destacan la aplicación del signo maquiavélico de Virtud y Fortuna como base metodológica

sobre la que se construye el signo picaresco de Virtud y Fortuna/Providencia/Diablo (y la clasificación de las novelas picarescas desde esta perspectiva, obteniendo conclusiones y paralelos insólitos); el aporte de una trayectoria nueva para recorrer la picaresca española como no se hacía desde el *Itinerario* de Alberto del Monte; que no es el *Estebanillo*, como normalmente se ha considerado, sino la *Tercera parte de Guzmán*, la novela colofón de la picaresca española.

Para concluir señalemos los aspectos susceptibles de mejora de este meritorio, lúcido y original trabajo: la parte dedicada a la picaresca empírica es demasiado breve y se hubiese podido equilibrar, aunque quizá se deba a exigencias del contenido; en algunos pasajes la manera de citar resulta poco clara o incompleta (esto ocurre especialmente en el cap. I cuando trata sobre las actitudes del pensamiento español ante el maquiavelismo); se echa de menos un índice de nombres y temas que ayudaría a localizar los datos; aunque la obra queda bien explicada y razonada es probable que el hecho de no haber distinguido entre autor, narrador, protagonistas y contexto literario podría haberse justificado desde algunos criterios de teoría literaria; para terminar, el apéndice del campo semántico resulta incompleto y hubiera sido deseable la glosa de algunos términos.

HERNÁN SÁNCHEZ MARTÍNEZ DE PINILLOS
University of Maryland at College Park

JEAN CANAVAGGIO (ed.), *La comedia*. Casa de Velázquez, Madrid, 1995; 475 pp. (*Collection de la Casa de Velázquez*, 48).

El volumen contiene las actas del Seminario Hispano-Francés organizado por la Casa de Velázquez en Madrid entre diciembre de 1991 y junio de 1992. El objetivo de esta reunión fue intercambiar información e ideas entre algunos de los investigadores españoles y franceses más destacados en el campo del teatro de los Siglos de Oro, y hacer un balance de lo conseguido en la década de los años ochenta en torno a la comedia nueva y géneros afines. Las reuniones se estructuraron con base en tres temas: problemas textuales y condiciones materiales de representación; nacimiento de la comedia y su poética y, finalmente, significado ideológico del teatro de ese período.

Para su publicación los trabajos se organizaron en seis secciones, cada una de las cuales se abre con un estado de la cuestión a cargo de un especialista. En la sección dedicada a la transmisión textual, Ignacio Arellano se refiere a la edición de textos del siglo XVII, en la que, a partir de otros trabajos suyos ya conocidos, sintetiza la situación en torno a dos ejes principales: ¿qué se edita y qué habría que editar?,